

21. El Rebe debió enfrentar otra gran batalla al intentar superar su placer por la comida. En un principio no hizo ningún esfuerzo por controlar su apetito. Pero al comenzar a trabajar sobre ello se encontró con que la tarea era extremadamente difícil. La superación del sentido del gusto se presentaba como algo tan formidable que daba la sensación de que podría subyugar cualquier otro deseo menos éste. No importa cuánto tratara de alejarse de los placeres mundanos, parecía que su apetito por la comida siempre iría a quedar. Tan fuerte era el poder de este deseo que se presentaba como imposible de controlar.

Pero el Rebe se mantuvo firme y también superó este instinto, destruyendo por completo su apetito por la comida. Era evidente y bien conocida su gran santidad cuando se trataba de comer. Daba la impresión de no estar comiendo en absoluto. De hecho logró alcanzar un punto en el que debía obligarse a comer. Debía forzarse con toda su voluntad a ingerir al menos lo mínimo necesario para el mantenimiento de la vida.

Contó el Rebe que cuando empezó solía forzarse a comer menos de lo usual. Cuando se acostumbró a ello, comenzó a comer menos aún. Al darse cuenta de que aun así obtenía placer de esa mínima cantidad, forzaba su apetito y comía aún menos. Volvía a sentir algún placer en ello y disminuía más su ración. Continuó con esta práctica hasta reducir a un mínimo la cantidad de alimento. Es imposible imaginar cómo podía vivir con una cantidad tan pequeña.

El Rebe sintió que hasta esa mínima cantidad de comida le proporcionaba aún alguna satisfacción. Se forzó entonces y

subyugó incluso ese pequeño placer. Y así continuó hasta que finalmente no obtuvo placer alguno del acto de comer.

Al abandonar este deseo, alcanzó un estado de extrema santidad, sin obtener ya ninguna clase de placer de este mundo físico.

En un principio, cuando el Rebe se separó del placer del gusto, encontró casi imposible el comer. Pero de sus palabras se desprende que más tarde fue capaz de comer con absoluta santidad.

Ya no sentía ningún placer, comiese cuanto comiese. Pero en un comienzo se acostumbró a comer muy poco, algo que también le resultaba una ardua tarea.

El Rebe nos contó que comenzó a comer nuevamente cuando se encontraba en alta mar, durante su peregrinación a la Tierra Santa. Comprendió que de otra manera no podría sostenerse con vida, de manera que se forzó a comer un poco. De allí en más comería una pequeña cantidad. Pero hasta ese momento no comía ni siquiera eso. Y aunque la cantidad que comía en alta mar era aún muy pequeña, mucho menor era lo que ingería antes.

La peregrinación del Rebe a Israel es por sí misma una larga historia. Muy amargamente sufrió tanto a la ida como a la vuelta. Mucho esfuerzo y riesgos hubo de pasar, superando muchas frustraciones, hasta llegar a ser digno de poner sus pies en la Tierra Santa. Esto lo relataremos en la siguiente sección, pero sólo en una muy pequeña medida. Contaremos un poco de esa historia pues es imposible describirla en su totalidad.